

marítima que sin duda producía efectos civilizadores en la patria y en el extranjero, pero que nunca podía negar el cálculo mezquino de una política comercial hasta en sus últimas consecuencias. Aun regia esta política cuando en el siglo XVI, como más tarde veremos, un hombre de genio concibió el proyecto de confiar á la Hansa una importante misión nacional y social. Las ciudades de la Alemania del sur constituyeron también en el siglo XIV una gran confederación, á la que ya en 1327 se asociaron Maguncia, Worms, Espira, Estrasburgo, Basilea, Friburgo, Zurich, Soleura, Berna, Constanza, Ueberlingen, Ravensburgo y Lindau. Más adelante formaron otra las ciudades renanas, franconas y suabo-suizas, que con muy poca suerte sostuvieron la «gran guerra de las ciudades,» comenzada en 1388 contra los príncipes y caballeros de la Alemania meridional, que dominados por su odio habíanse aliado contra ellas. Entónces la población, la organización militar y los recursos metálicos de algunas ciudades alemanas, como Augsburgo y Estrasburgo, eran tan poderosos, que podían poner en campaña de treinta á cuarenta mil hombres armados; pero no había un solo político ni un general que supiera reunir y emplear para un gran fin nacional las numerosas fuerzas que salían del seno de las ciudades alemanas.

Aun en el siglo XIII la mayor parte de estas ciudades ofrecían un aspecto poco agradable con sus calles angostas y húmedas, que se agrupaban cuanto era posible alrededor de su centro el castillo real ó ducal, el palacio del obispo ó del príncipe-abad: las «juderías», que en algunas partes se han conservado hasta nuestra época, aunque modificadas, pueden darnos una idea bastante exacta del aspecto de esas calles. En el siglo XIV, el material de construcción, sin excluir ciudades como las de Francfort y Augsburgo, se componía aún casi exclusivamente de madera, barro, cañas y paja. Como no eran conocidas todavía las chimeneas, los incendios en las ciudades se repetían casi diariamente, y atendida la clase del material de construcción, fácilmente se comprenderá cuáles serían los estragos causados por tales siniestros. Los aparatos para apagar el fuego ofrecían un aspecto lastimoso: hasta el siglo XV no se dictaron disposiciones sobre los incendios, y en el siguiente comenzó el uso de las bombas para extinguirlos. Augsburgo pudo vanagloriarse en 1518 de poseer una de esas máquinas, sin duda una de las primeras que se han visto en Alemania.

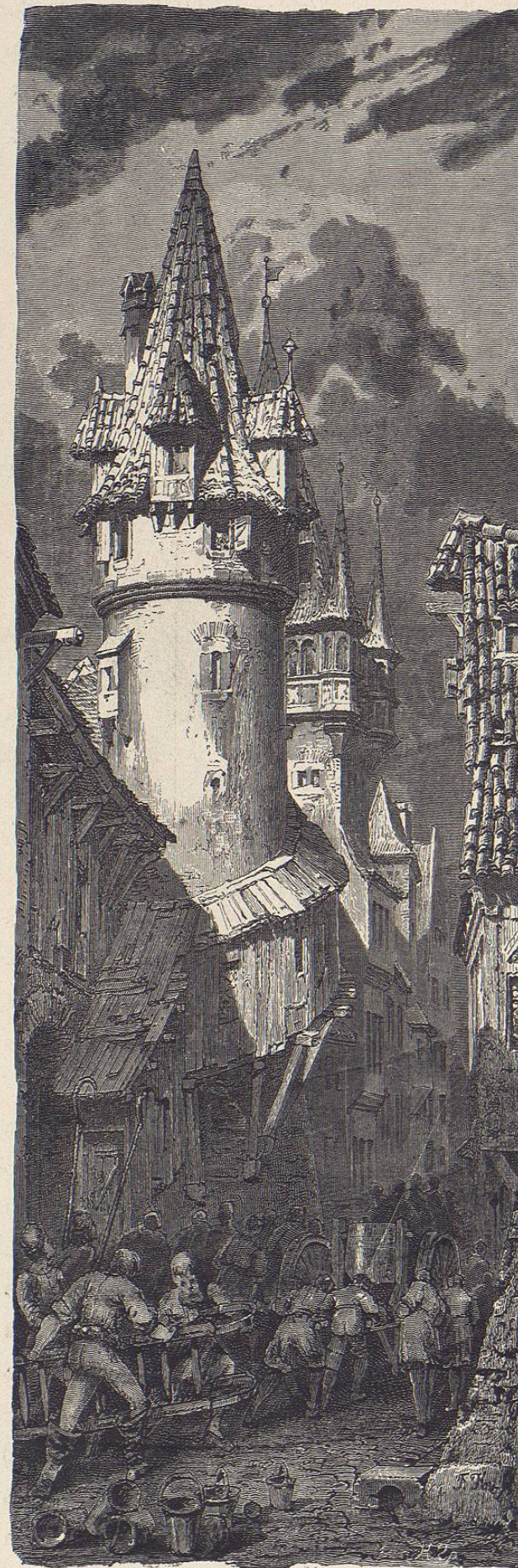
Los grandes incendios abrían no obstante espacio para construir mejor las calles y edificios, y al fin se emplearon para estos últimos materiales más sólidos; en el sur de Alemania comenzó á predominar la construcción de piedra labrada; y en el norte se usaban ladrillos. Por otra parte, los cambios introducidos en el arte militar á causa del invento y empleo de la pólvora, influyeron mucho para que variase el aspecto interior y exterior de las ciudades. El uso de las armas de fuego hacía necesaria una clase de fortificaciones esencialmente nuevas y más complicadas, y entónces se idearon los bastiones, que debían aplicarse también más ó menos al interior de las plazas. La forma exterior típica de una verdadera ciudad alemana de importancia, en el siglo XV, era la siguiente: alrededor del «woeichbild» (del latín *vicus*, rastro) se corría un ancho foso, que en días de peligro podía llenarse de agua, y que estaba defendido por unas torres avanzadas; detrás del foso elevábase el baluarte de la ciudad con su muralla coronada de almenas, y para mayor solidez de la defensa, entre el uno y la otra, á intervalos más ó menos regulares, había unas altas torres redondas ó de forma cuadrangular, en cuyo

centro inferior estaban las puertas, bien guardadas, provistas de rastrillos y coronadas también de almenas, y de las cuales se bajaban los puentes levadizos para atravesar el foso. Para formar idea del aspecto que ofrecía una puerta de una ciudad de la Edad media bastará ver el «Spahlenthor» de Basilea ó el «Holstenthor» de Lubeck. Citaremos como un rasgo ejemplar y característico en las costumbres de la Edad media el hecho de que mientras se empleaba mucho arte y gastaban grandes sumas en la erección de edificios públicos, como iglesias, casas consistoriales, mercados, hospitales y puentes, las casas particulares se construían y arreglaban aún con mucha sencillez.

Tanto en la Alemania del norte como en la del sur hay ciudades que todavía ofrecen nobles testimonios de este laudable interés en favor de los edificios públicos, como por ejemplo la casa consistorial de Brunswik y el Artushof de Dantzik. La rica ciudad de Nuremberg tuvo fama, como nadie ignora, sobre todo en los siglos XVI y XVII, de ser el conjunto más hermoso de una ciudad de la Edad media; y también poseía en su *schoenen Brunnen* (precioso pozo) la fuente más bonita de Alemania.

Obsérvese, sin embargo, que las comodidades y los embellecimientos de las ciudades progresaban muy lentamente, pues hasta el siglo XIV no se comenzó á retirar los estercoleiros y cenagales de las calles, generalizándose el empedrado en las poblaciones más aseadas.

Más tarde, en el siglo XV, las comunidades ciudadanas principiaron á cuidarse con más celo de la construcción de cañerías para obtener agua potable; y al mismo tiempo, las ventanas de tela se sustituían por las de vidrio en los edificios públicos. El aumento de la renta territorial, los resultados del comercio y el mayor grado de instrucción permitieron á la nobleza ciudadana, en el último período de la



INCENDIO EN UNA CALLE

Edad media, edificar y arreglar suntuosamente sus moradas (*hofs*) segun todas las reglas del estilo profano de la arquitectura goda. Así se elevaron en Augsburg, Ulma, Francfort, Munich, Viena, Maguncia, Colonia, Bremen, Lubeck, Breslau y otras ciudades alemanas aquellos magníficos palacios de patricios y ricos comerciantes: la «Casa de piedra» (*das steinerne Haus*) de Francfort y la «Casa de Nassau» (*das Haus Nassau*) de Nurenberg



ESTANCIA GÓTICA DE UN PALACIO

pueden servirnos de modelo de estas moradas, cuyo interior estaba adornado de entabladuras artísticamente combinadas y esculpidas, de muebles de las formas más diversas, de graciosas colgaduras, de ventanas de vidrio que ostentaban ricos colores, de blandas alfombras y de vasares (*Fresuren*), cargados de brillante vajilla de oro y plata artísticamente trabajada.

En los siglos xv y xvi las ciudades alemanas tenían fama en el extranjero por su belleza, su esplendor y comodidades. Eneas Silvio Piccolomini, papa que fué después con el nombre de Pio II, y su compatriota Bonfini, han trazado una descripción verdaderamente entusiasta y seductora de la ciudad de Viena en la segunda mitad del siglo xv, descripción que sin embargo no pinta como muy sobrios ni honrados á los vieneses de ambos sexos, sino todo lo contrario.



ESCENA DOMÉSTICA EN LA EDAD MEDIA

Los italianos, que poseen en alto grado el sentimiento de lo bello, declaraban que no podría encontrarse ciudad más encantadora que Colonia; y Miguel de Montaigne, el francés más ingenioso del siglo XVI, juzgó que Augsburgo era mucho más bonita que París.

El bienestar creciente en la vida de las ciudades alemanas, por efecto de la abundancia y riqueza de los últimos tiempos de la Edad media, no comenzó hasta después de las funestas calamidades, de las epidemias y horrores que afligieron á nuestro país á mediados del siglo XIV: nos referimos á la peste negra, al desorden producido por los errores de la secta de los flagelantes y á las matanzas de judíos. Nacida en la remota China, la terrible epidemia, la *muerte negra* ó «gran mortandad» (*der grosse Sterbent*), como la llamaron nuestros antepasados, cruzaba toda el Asia é invadía la Europa, causando terribles estragos en nuestro país desde los años 1348 á 1350. El número de víctimas fué verdaderamente enorme: la peste negra arrebató en Basilea 14,000 almas, en Estrasburgo 16,000, en Lubeck 9,000, en Dantzik 13,000, en Weimar 5,000, en Erfurt 16,000, en Munster 11,000, en Tréveris 13,000 y en Viena 40,000; en esta última ciudad, aquel terrible cólera de la Edad media ocasionó en un solo día la muerte de 960 habitantes. Muchas ciudades perdieron la mitad de su población; dentro del radio del imperio alemán, sólo de la orden de los descalzos sucumbieron 121,434 frailes, víctimas de la terrible epidemia, que según se calcula costó la vida nada ménos que á 25 millones de europeos. Para formarnos una idea de los terribles estragos de aquel azote debemos fijarnos en la necia superstición de las masas, que en aquella epidemia creían ver un castigo de Dios, contra el cual no había medios de curación; y también se ha de tener en cuenta el escaso conocimiento de la medicina, así como la circunstancia de que la deplorable costumbre de sepultar los muertos en las iglesias y á su alrededor, convertía las ciudades en verdaderos focos de pestilencia. Ante el doloroso cuadro de la espantosa calamidad que les rodeaba, los hombres parecían impulsados á desviarse de los senderos regulares de la vida; una especie de embriaguez moral les trastornaba el juicio; los unos buscaban consuelo contra el temor de morir en el abuso de los placeres sensuales, en el bullicio de las orgías; otros se creían obligados á pagar un tributo á la terrible epidemia, y de aquí resultó esa locura ascética de las romerías de los flagelantes que si bien observadas ya en el siglo anterior en Italia, aunque en pequeña escala, desarrollábanse también ahora en Alemania bajo la influencia del terror que infundía la peste negra, agitando con su ruidoso fanatismo todo el país.

La absurda idea de aplacar la ira de Dios por medio de peregrinaciones que se emprendían con el fin de martirizarse el cuerpo llegó á tomar el carácter de una epidemia espiritual, de una verdadera locura, que según parece tuvo su primer origen en Austria. Sin embargo, pronto resonó en toda la Alemania el eco de los disciplinazos y cantos de contrición de los flagelantes, que á centenares, y hasta miles, recorrían en largas procesiones los pueblos y ciudades, vestidos con el hábito de crin de los penitentes ó sólo con una camisa, cargados de pesadas cruces, y armada la diestra con unas disciplinas de tres cabos. En esta forma se dirigían de dos en fondo á las iglesias, arrodillábanse delante de los altares, y quitándose los hábitos ó las camisas, se azotaban con tal barbarie, que su sangre salpicaba las paredes de la casa del Señor, mientras que los pacientes entonaban su monótono canto: «¡Vengan ahora todos los que quieran expiar sus pecados! Así evitaremos el fuego del infierno. Lucifer es un compañero muy

malo.» Esta insania se apoderó hasta de los niños, precisamente como había sucedido en la época de las cruzadas: de la ciudad de Espira, por ejemplo, salió con cruz y banderas una partida de romeros flagelantes compuesta de doscientos niños, entre los cuales apenas contaban doce años los de más edad.

Con la monomanía popular que promovió las romerías de flagelantes corria parejas á menudo la de la danza, que sin duda fué también un efecto epidémico del éxtasis espiritual, de las alucinaciones fanáticas, y que aún en el siglo XV predominaba en algunas partes, como por ejemplo en Alsacia: las manifestaciones de esta epidemia son por cierto uno de los fenómenos más extravagantes de la época del romanticismo. En los caminos, en el campo, en las calles de las ciudades, en los cementerios, y hasta en las mismas iglesias, los grupos de hombres y mujeres de todas edades, medio desnudos, ceñidas las sienes de coronas de flores, y enlazadas las manos, entregábanse horas enteras al baile con loco afán, profiriendo ruidosos gritos y entonando roncros cánticos hasta que caían en tierra del todo aturridos.

También debemos considerar como una dolencia popular de nuestros antepasados, ocasionada, cuando ménos en parte, por los estragos de la peste negra, el odio furioso contra los judíos, que en el siglo XIV tuvo por consecuencia las horribles matanzas de israelitas. El cristiano de la Edad media, en su confusión de ideas, creíase no sólo con derecho sino también obligado á odiar á los judíos, porque habían dado muerte á Jesús; y los judíos, por su parte, excluidos de la participación en la propiedad territorial y en los oficios, obligados á vivir del tráfico y la usura, y encerrados en sus juderías (*ghettos*), debían ver en cada cristiano un enemigo. Añádese á esto que la envidia que causaban iba en aumento á medida que el genio financiero y la ancha conciencia de los hijos de Israel en todo lo referente al dinero, amontonaban en las juderías riquezas sobre riquezas. En varias épocas, los que profesaban la religión de amor habían desahogado ya su odio y envidia asesinando á numerosos judíos, como lo hicieron en Alemania; pero las grandes matanzas y la quema de judíos en las hogueras no tuvieron principio hasta en tiempo de la peste negra, pues se acusó á los israelitas de haberla ocasionado con el envenenamiento de los pozos. Esta fábula era tan absurda como la de los niños cristianos asesinados cuya sangre necesitaban los judíos, al decir de la gente, para celebrar su pascua, ó como el cuento de las hostias robadas y profanadas por los judíos; pero la estupidez es muy poderosa allí donde conviene para satisfacer los execrables instintos y las bajas pasiones de los hombres.

En las ciudades situadas á orillas del Rhin, en Suiza, Suabia, Franconia, Baviera y hasta muy en el interior de la Alemania central y septentrional, humearon desde 1348 á 1350 las colosales hogueras donde se quemaba á los judíos, y en todas partes inundáronse de sangre las juderías. Miles y centenares de miles de judíos de ambos sexos y de todas las edades fueron muertos entonces sin piedad, á menudo después de una resistencia tan heroica como inútiles fueron los valerosos esfuerzos de algunos cristianos sensibles y reflexivos, para poner coto á tan espantosos horrores: el delirio debía llegar á su colmo y hasta sus últimas consecuencias. Aquellos tiempos fueron terribles, y no es difícil comprender que un cronista alemán del siglo XIV pudiera decir: «Después que la mortandad, las peregrinaciones de los flagelantes y la matanza de los judíos hubieron terminado, el mundo volvió á vivir y á recobrar su alegría.»